



EDICION DE LUJO.

Dos reales

AL RECIBIR EL NÚMERO.

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON

EDITORES PROPIETARIOS,
J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

EDICION ECONOMICA.

Un real

AL RECIBIR EL NÚMERO.

Año II.

Madrid 21 de Febrero de 1872

Núm. 7.º

SUMARIO.

A nuestros suscritores.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La flor del Angel, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—En el álbum de la señora doña Natalia Alvarez de Segovia, por doña Victorina Saenz de Tejada.—El Libro del corazon, por don Ramon Ortega y Frias.—Paseo filosófico-humorístico al rededor de los muebles, por Julio Nombela.—Consejos útiles, por la Baronesa de Wilson.—Solucion de la charada del núm. 17.—Geroglífico.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Habiéndose extraviado en una de las estaciones de Paris á Irun el cajon que contenia los figurines del presente número, y á fin de no retrasar la salida de él, en su lugar damos el notable cuadro del Sr. Gisbert «Don Quijote en casa de los Duques» y un magnífico grabado que representa el notable edificio San Juan de los Reyes de Toledo.

En los números posteriores indemnizaremos á nuestras suscriptoras de esta falta involuntaria, pues ha salido para Paris un representante de esta casa á fin de corregir no solo los retrasos que veníamos experimentando, sino para mejorar todo lo posible nuestro Semanario, por lo cual desde el próximo número lo recibirán con la mayor puntualidad.

Hoy empezamos á dar una série de artículos destinados á proporcionar á las señoras los detalles necesarios

para amueblar sus casas con economía y buen gusto, utilísimos para las que residen en provincias, y de los cuales se ha encargado el conocido publicista Julio Nombela.

En el próximo número empezaremos tambien una série de artículos para la higiene doméstica, dedicada á las madres por el conocido doctor en medicina D. José Lope de la Vega, cuyos artículos han sido premiados con medalla de oro por la Academia.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

La época de los bailes toca á su fin, y preciso es fijar nuestra atencion en trajes más severos, destinados para la cuaresma y la solemne Semana Santa.

¿Qué estará más en moda? ¿Qué podremos aconsejar con preferencia? ¿Cuáles serán las telas y adornos que adoptarán las damas verdaderamente elegantes?

Daremos solucion á estas interrogaciones, segun las noticias más autorizadas que se nos comunican de los centros del lujo y de la distincion.

Trajes bordados con seda ó sutache, sobre cachemir, seda ó terciopelo, polonesas formando corpiño y túnica y túnicas-princesas, sobre faldas de cola recogida, formando puff, es todo lo que la moda, con su poder absoluto, ha destinado para los trajes de fin de invierno.

Podremos citar tambien los colores que reinarán sin rival, frescos, juveniles, encantadores, que harán resaltar la be-

lleza de nuestras lectoras, blancas ó morenas, con cabellos rubios como el oro, ó negros como el azabache.

La anhelada primavera será recibida con una guirnalda de colores, azul de Sevres, verdes como el Océano, azul claro, dorado pálido, azul imitando al apacible Mediterráneo, al oro, á la violeta de Parma, al clavel, á la hoja de rosa y á la rosa té: qué lindos, qué caprichosos trajes se formarán con estos colores; y sabido es que una coquetería digna es necesaria en la mujer para conservar su belleza como la flor de más preciado aroma.

Sobre tan seductores colores es de muy buen efecto y en extremo elegante, un corpiño de terciopelo sin mangas, con aldetas largas por detrás y más cortas por delante, adornado con blondas y pasamanería.

Describamos dos vestidos para calle dignos de servir para modelos.

El primero, queridas lectoras, es de faya color malva, adornado con dos anchas cabecillas tableadas y entre las dos un terciopelo.

Gaban ajustado de terciopelo malva ó marrón, bordado con pasamanería y fleco de esto mismo con borlas; por delante el abrigo tiene dos puntas largas como una manteleta, y por detrás aldeta redonda: este modelo, que es completamente de novedad, puede hacerse de faya para entretiempo, con encaje y sutache.

El sombrero también era de terciopelo malva con flores y una sola y ancha caída de encaje.

Como la señora que ostentaba este traje, era joven y bella, llamó nuestra atención, y la fijamos también en que lucía botitas de color bronce con tacones Luis XV y que al levantarse el vestido, dejaba ver una enagua con cuatro volantes tableados con entredoses bordados á la inglesa y la última cabecilla pequeña y encañonada.

El segundo traje lo vestía una joven recién casada, y era de faya azul de Francia, con semi-cola y volantes.

La túnica bastante larga por detrás, estaba abierta por delante y tenía anchas solapas de encaje encañonadas, formando conchas. Las mangas eran duquesas con carteras de faya y encaje.

Un lindo lazo *alsaciano* de crespon de China, azul, resaltaba en los rubios cabellos de la joven que había completado su adorno con un medallón de esmalte negro y brillantes, que igualaba con los pendientes.

Para este vestido de cola, llevaba enagua larga con tres volantes fruncidos y una puntilla al borde y cabecilla.

En una de las representaciones de la lindísima comedia del Sr. Marco, *La Mujer compuesta*... admiramos en un palco un vestido tan elegante, tan original, tan bonito, que deseábamos que alguna de nuestras bellas lectoras lo escogiera para modelo.

La primera falda era de seda gris perla con semi-cola y graciosamente drapeada formando puff, una polonesa de gasa de Chambery blanca, recogida con lazos de faya y una camelia con follaje adornaba sus cabellos, y otra descollaba entre el encaje que bordeaba el escote cuadrado y que le sujetaba en el pecho.

¿Puede darse nada más distinguido, sencillo y bello que este traje?

Pero los ángeles rubios y benditos, que son la alegría del hogar doméstico los que con sus sonrisas iluminan como un rayo de sol la existencia de sus virtuosas madres, merecen también nuestra predilección y una reseña especial de trajes; á ellos, pues, voy á dedicar algunas líneas.

He visto algunos vestidos de alpaca blancos adornados con bieses de raso blancos, tirantes y cinturón con caídas de faya azul, y de esto mismo un lazo en los cabellos. Estos trajecitos para niñas sirven para las reuniones de familia, en donde los niños lucen también sus habilidades.

Para la calle y en días fríos nada más lindo que una falda de terciopelo granate, con polonesa cerrada con botones y cordones de pasamanería. Las mangas son estrechas y el manguito y el cuello de piel, va forrado con raso granate.

El sombrero de terciopelo granate con plumas azules y marrón.

Un traje destinado para los días menos fríos deberá ser de cachemir gris, bordado con *sutache* del mismo color; doble falda y chaqueta con mangas anchas forradas con seda

gris y guarneciendo con un fleco la chaqueta y segunda falda. Sombrero de castor gris.

Para traje de mañana ó viaje aconsejaremos un vestido de poplin con chaquetilla y un *Watterproof*, ó impermeable, azul, con gran pelerina, abotonado de arriba abajo y adornado con una trencilla negra doblada y cosida de canto. Para los niños de dos años, lo que más hoy se usa son las capas abotonadas y con pelerina; estas capas forman como una especie de gaban sin mangas y pueden usarse hasta la edad de cinco á seis años.

Desde los tres años se visten con esas faldillas plegadas á la escocesa, muy cortas, con chaquetita con aldetas cortadas y cuello ancho liso; medias escocesas y polainas de paño abotonadas; hasta los cinco años sería ridículo ponerles pantalones, y si no están muy desarrollados, hasta los seis.

En nuestro número próximo nos ocuparemos de los trajes de niños para casa.

II.

El paño de butaca, cuyo grabado apareció en nuestro último número, es bordado al *crochet* sobre red.

Se empieza por el borde exterior por la hoja del centro del grupo haciendo una cadeneta de 10 mallas; se vuelve y se hace una á punto sencillo y dos dobles, dos cadenetas puntos dobles y uno sencillo.

Para el tallo se necesita un punto ó dos entre la 3.^a y la 4.^a hoja y una cadeneta con un punto sencillo en el centro de la otra hoja.

Del mismo modo se ejecutan las cinco hojas, y al terminar la 5.^a se hacen cinco cadenetas, un palito en el extremo superior de la hoja para formar el feston que rodeó la parte interior de las hojas.

Se hacen 11 cadenetas y 5 para formar el tallo y se continúa hasta calcular que hay suficiente para el contorno, dejando bastante en las esquinas.

La siguiente vuelta se compone de festones de 11 cadenetas con un punto doble en la malla del medio de cada feston de la vuelta anterior.

Después se harán 7 cadenetas, un punto doble, y alternando un punto y una cadeneta.

El encaje de *crochet* puede sustituirse con un fleco.

Hemos visto unos modelos de platillos, para jarrones de chimenea que nos parecen lindísimos.

Se hacen de paño grana con aplicaciones de paño de diversos colores, cortando por un modelo de papel las hojas troncos ó flores, que se deseen formar: el que hemos visto tenía 24 flores de paño blanco, 24 de paño azul y 30 hojas de paño de tres verdes diferentes, las que se colocan sobre el paño grana, alternando un grupo de ocho flores de paño blanco y otro de flores azules con el follaje colocando artísticamente de cinco en cinco hojas, con sus troncos y forman do una preciosa guirnalda.

LA BARONESA DE WILSON.

LA FLOR DEL ANGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion).

Qué nombre iba á escaparse de sus labios, convulsivamente estremecidos, no puedo asegurarlo; pues Anton llegó en aquel instante, haciéndola desviar de la ventana, cuidadoso por su salud, expuesta imprudentemente al borrascoso viento de la noche.

Rosa, empero, no durmió ni un momento, y apenas la campana de la parroquia anunciaba el comienzo del día consagrado á la fiesta del Angel de la Guarda, cuando saltando de la cama, con el rostro encendido por la fiebre, corrió desalentada á orillas del Deva.

Por todas partes se presentaban á sus ojos vestigios de la tormenta; pero ella nada veía. Sus piés se sumergían á cada paso en los charcos formados por la lluvia; pero ella corría sin cesar, como si fuera empujada por una mano invisible.

Llega, divisa el paraje donde floreció antes el arbusto ligado para siempre á sus recuerdos;... donde habia recibido el último adiós y las sagradas promesas de su amante;... donde ella le empeñara tan solemnemente las suyas... y donde, por último, en el furor de su despecho al creerse abandonada, habia levantado una mano destructora sobre el inocente insecto que por tanto tiempo acudió fiel á sostener su esperanza.

Ya no existian ni el arbusto, ni el insecto, ni la esperanza, ni los juramentos de Rosa... ¡pero Erlia estaba allí, fiel á los suyos!... ¡Estaba allí, como se lo habia prometido hacia dos años, en tal dia como aquel, y á presencia de sus ángeles, del arbusto, de la abeja y de la flor!...

IV.

Rosa no lanzó un grito ni articuló una palabra, porque el silencio es la expresion suprema de las supremas emociones. Cayó de rodillas, y su mirada—en que se retrataban los inefables tormentos de su alma,—fué la única impetracion de piedad que pudo dirigir á su juez. Pero aquella mirada era tan elocuente, tan desgarradora, que el corazon ofendido no pudo resistir á ella.

—Sí, yo te perdono,—dijo Erlia, desviándose estremecido de la que tanto habia amado;—así te perdonen tambien Dios y los ángeles, á cuya presencia has perjurado.

Rosa ocultó el rostro entre sus manos, y—como la compañera de Adán al verse ante Dios despues de haber comido la funesta manzana,—solo pudo articular estas palabras, tan difíciles para el orgullo y tan socorridas para la debilidad:

—¡Fui engañada!

Erlia se sonrió con amargura.

—Sé,—dijo,—que tu corazon creyó con harta presteza en la mudanza del mío. Que estuviste lejos de sospechar siquiera que la esposa que se me brindaba no tuviese, con todos sus tesoros, bastante para comprarme la constancia de mi amor y la santidad de mis promesas. ¡Oh! ¡ella y su padre me hicieron más justicia! Ellos, al oír la sencilla historia de mi vida, que no es más que la de mi corazon, comprendieron al instante que no habia para mí sino una felicidad posible, y me dieron generosamente los medios de venir á conquistarla; mientras tú no vacilabas en creer que yo la vendia infamemente por un puñado de oro.

—¡Erlia, Erlia!—gritó la infeliz Rosa, abrumada á los pies de su amante por el enorme peso de su dolor y su arrepentimiento.—¡No hay para mí perdon! ¡No merezco misericordia!

Tan lastimero era su acento, tan profunda su desesperacion, que el noble pecho del joven sintió que se sobreponia á sus propios dolores la compasion que le inspiraban aquellos de que era testigo, y solo buscó ya palabras de consuelo para la culpable.

—La fatalidad,—dijo,—la fatalidad lo ha hecho todo. Ninguna de las noticias que he procurado darte han llegado hasta tí, y aquel silencio, la distancia, el tiempo, la natural desconfianza de tu carácter disculpan sobradamente tu injusticia de un momento, que no es á mí solo ¡oh Rosa! á quien ha hecho desgraciado. Nuestros ángeles no han querido que gozasen dos mortales en la tierra de una felicidad sin límites.

—Ellos, por el contrario,—exclamó Rosa inconsolable,—ellos han hecho venir infaliblemente cada dia á la fiel abeja con quien te comparaste, para que tranquilizase mi corazon con su inmutable constancia. ¡Pero nada bastó! ¡A nada atendió, sino á sus celos, este corazon indigno! ¡Mi mano, mi propia mano mató al insecto sobre la flor que amaba! ¡Oh, sí Erlia! ¡Lo destrocé como á tu corazon! ¡Lo aniquilé como á mis juramentos! ¡Aquí tienes... aquí tienes sus restos con los de la flor!

(Se continuará.)

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA

D.^a NATALIA ALVAREZ DE SEGOVIA.

Viniste á mis manos ¡oh! libro exigente;
Precioso conjunto de gala y primor
Viniste pidiendo que brote mi mente
Y ponga en tus hojas fragante una flor.

¡Pedir á mi númen la flor de poesía
Pedir es á Enero, las galas de Abril,
A tétrica noche la lumbre del dia,
Al hielo del Norte la palma gentil!

Tú ostentas el arte y el genio en ti brilla
¡Por qué entre sus rayos querer colocar
Agreste, inodora, fugaz florecilla
—Dó rosa encendida pudiera brillar?

Mas ¡ah! bella y rica de aroma y colores
Por más que no es mia en tí plantaré
La flor más preciosa, la flor de las flores
¡Dichosa, si al ménos, pintarla yo sé!

Gentil es, donosa, azul como el cielo,
Purpúrea, brillante, cual es el amor,
Y dulce atractiva, como es el consuelo
Y limpia y nevada, cual es el candor.

No inclina su tallo el sol del estio
Ni el viento se lleva sus galas en pos,
Hay siempre en su cáliz celeste rocío,
Que sávia y fresca recibe de Dios.

Su aroma fragante perfuma la vida,
Su bálsamo dulce la dicha y salud
¡Conoces ¡oh libro! la flor bendecida?
Pues es de tu dueña la santa virtud.

Victorina Saenz de Tejada.

Sevilla.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IX.

Quién era el señor Gonzalez.

Dieron un paso hácia la puerta los dos jóvenes; pero tu vieron que detenerse, porque apareció Magdalena.

Su rostro estaba nerviosamente pálido.

Sus magníficos ojos negros relumbraban con el fuego de la fiebre.

Echó á la espalda el manto con que se cobijaba, detúvose, y miró de pies á cabeza á Enrique.

Este, lo mismo que Alberto y María, exhalaban un grito de sorpresa.

Por espacio de algunos minutos no se percibió otro ruido que el de la respiracion violenta y desigual de aquellas infelices criaturas.

Despues de haber mirado al celoso amante, Magdalena contempló á su hija y le dijo:

—Tus hijos harán contigo lo que tú hagas con tus padres. Hace veinte años oí pronunciar estas palabras, y no vacilé ante la enormidad del sacrificio. Mi anciano y virtuoso padre me habrá bendecido desde el cielo. Yo tambien, hija mia, te bendigo; pero no consentiré que el sacrificio se consume.

—¡Madre mia!—exclamó la joven, acercándose á su madre y abrazándola.—Ni una palabra más, se lo suplico á usted, ni una palabra, porque más dichosa seré con la satisfaccion de haber cumplido mis deberes filiales...

—Déjame ahora,—interrumpió Magdalena.

Enrique, sin que supiese por qué, sentíase sobrecogido.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—Todo lo sé,—respondió Magdalena, y significa que no es usted digno del amor de una mujer como mi hija.

—¡Oh!...

—No, caballero, porque usted que la acusa, es el criminal, porque usted que ha puesto en duda su pureza...

—Señora...

—Intenso es el amor de usted; pero un amor sin fé, y el amor sin fé no es nada.

—Esa teoría es muy bella, señora,—replicó el celoso amante;—pero como los hechos son demasiado elocuentes,



DON QUIJOTE EN CASA DE LOS DUQUES (CUADRO DEL SEÑOR GISBERT).

no es fácil que me convenza. He representado el más triste papel; han querido satisfacerme con frases vagas, con juramentos que contradicen lo que he visto, lo que viendo estoy, y por consiguiente, no retrocederé.

—¿Qué hará usted, caballero?

—Cuando se ofende á un hombre de honor, es preciso esperar la ofensa.

—Quiere usted acabar con la vida de Alberto, ¿no es verdad?

—Quiero matarlo ó que me mate.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Sí le falta el valor.

—Le sobra.

—Entonces, aunque se oculte en las entrañas de la tierra...

—No se ocultará.

—Sí se niega á darme las satisfacciones que le pido...

—Ya ha visto usted que no se ha negado.

—Pues nadie podrá estorbar que uno de los dos deje de existir.

—Yo,—dijo Magdalena.

Quiso Alberto tomar parte en la conversacion para evitar que su madre revelase el secreto; pero ella lo interrumpió, diciéndole imperiosamente.

—Silencio.

—Permítame usted...

—Silencio he dicho, y es preciso obedecerme.

Era tan imponente el acento de Magdalena, que su hijo no se atrevió á replicar.

Su madre mandaba y él obedecía.

—Concluyamos,—dijo con impaciencia Enrique.

—Voy á concluir, replicó la pobre madre.

Y dirigiéndose á María y Alberto, añadió:

—Abrazaos.

Hicieronlo así los dos jóvenes.

Rugió sordamente Enrique.

—¡Esto más!—gritó fuera de sí.

(Se continuará.)

PASEO FILOSÓFICO-HUMORÍSTICO

AL REDEDOR DE

LOS MUEBLES.

I.

No recordais haber empleado para denigrar á una persona inútil la vulgar locucion de: «¡Es como un mueble... solo sirve de adorno!»

Y sin embargo, mis queridas lectoras, es necesario que en lo sucesivo renunciéis á esa frase bajo el punto de vista despreciativo: un mueble, cualquiera que sea su condicion, es algo más que un objeto que sirve á las necesidades diarias, es algo más que un esclavo sumiso. Testigo de la vida íntima, es, por decirlo así, la crónica muda de la familia, el compañero silencioso de nuestra existencia, no pocas veces el cómplice de nuestros extravíos, y la víctima de nuestros furores domésticos.

Los muebles, considerados de esta manera, merecen un detenido estudio: son los accesorios de la gran comedia humana, y no solo por los importantes servicios materiales que nos prestan, sino por los recuerdos que conservan, por la influencia que ejercen, y por las vicisitudes en que figuran, son dignos de las observaciones que con vuestro permiso y para entreteneros voy á dedicaros.

Procedamos con método.

Los muebles, segun su calidad, pueden dividirse en dos grandes grupos.

Muebles indispensables.

Muebles supérfluos.

En el primer grupo puede haberlos modestos, sencillos, de gusto, vulgares, con pretensiones, de lujo y espléndidos.

En el segundo solo pueden ser espléndidos ó de mejor ó peor gusto, pero siempre costosos.

Y aquí teneis, amabilísimas lectoras, á los muebles, á

esos objetos inanimados y mudos en aptitud de poder informarnos sin romper el silencio á que los infelices están condenados, del carácter, de las aficiones, de los gustos, de los caprichos, de las debilidades de sus amos.

—¿Cómo?—preguntareis.

Muy fácilmente. Entrad en una casa, observad bien los objetos útiles necesarios ó supérfluos que constituyen el mobiliario y el adorno, y si debeis al cielo, que sí lo debereis, esa perspicacia, esa intuicion que poseen algunos hombres, que es cualidad esencial en la mujer bien organizada. al terminar vuestras observaciones conoceréis á fondo, si no á todos los individuos de la familia, por lo ménos al que dirige, al que domina, al que lleva las riendas de la casa.

Los muebles, en este caso, llamarán vuestra atencion de varios modos.

Su calidad, de pino ó de caoba, de roble ó palo santo, unida á su forma y al servicio que están llamados á prestar, os revelarán desde luego acierto ó torpeza en su eleccion, la situacion de la familia en la época en que los adquirió, si hay tradicion ó no en la casa, si ha habido alternativas de fortuna, si ha dominado ó no el buen gusto, si ha reinado el espíritu económico ó torpe despilfarro en su adquisicion, si hay aseo y cuidado en el hogar.

Figuraos por un momento que entraís en una casa en ocasion en que sus moradores están fuera.

Disponéis del tiempo necesario para ver, examinar, escudriñar y formar vuestro juicio.

Penetrad, pues: en la antesala hallais un gran escaño, una percha, una lámpara y uno de esos útiles bastoneros de bronce de imitacion que sirven para dejar los bastones y los paraguas.

Todo esto indica desde luego que en la casa habita una familia que conoce las reglas del buen tono, y que se amolda á las exigencias del último figurin.

Una segunda ojeada puede indicaros si ha tenido ó no buen gusto el comprador de aquellos objetos.

El escaño es pesado ó esbelto, se ha hecho á todo coste ó pura y simplemente para cubrir apariencias. En la eleccion, de las letras iniciales, en el dibujo del escudo, en los blasones ó en la ausencia de ellos, pueden obtenerse averiguaciones importantes.

La percha de caoba con ganchos de hierro y bolas de cristal ó de laton dorado; de hierro pintado, de madera imitando caña de Indias sirve para afirmarnos en las primeras apreciaciones.

La lámpara es tambien por su forma y valor otro dato precioso.

En tan escasos objetos puede una mirada escudriñadora conocer si aquella habitacion exterior es un ejemplo del *quiero y no puedo*, si es tacaño ó espléndido el dueño de la casa, si es rico ó su posicion es modesta, si se paga del *qué dirán* ó si es despreocupado, si estima el origen de su familia ó si se debe á sí propio lo que tiene, si es de nobleza antigua ó si sus títulos de grandeza están escritos en papel continuo.

Quando se entra en la casa de una familia nobiliaria, todo acusa su origen: en la antesala se descubren ya por los muebles antiguos, por el escaño de fuerte y viejo roble, por los tapices, por la lámpara digna de un museo arqueológico, por los cuadros que se tropiezan y se estrujan las generaciones que han pasado, la antigüedad reputable del nombre de los dueños y hasta los lacayos armonizando con aquel conjunto infunden cierto respeto.

Un descamisado que entrase allí no podria prescindir de un sentimiento de admiracion.

¡Todo aquello es venerable!

Pues bien, penetrad en las demás habitaciones de la casa, observad bien los muebles, los adornos, su colocacion, su forma, el servicio que prestan, el capricho que satisfacen, su estado, y este paseo os dará por resumen el conocimiento de que os hablo.

Podeis no ver á los moradores de la casa y decir sin faltar al sétimo mandamiento.

—¡Los conozco á fondo!

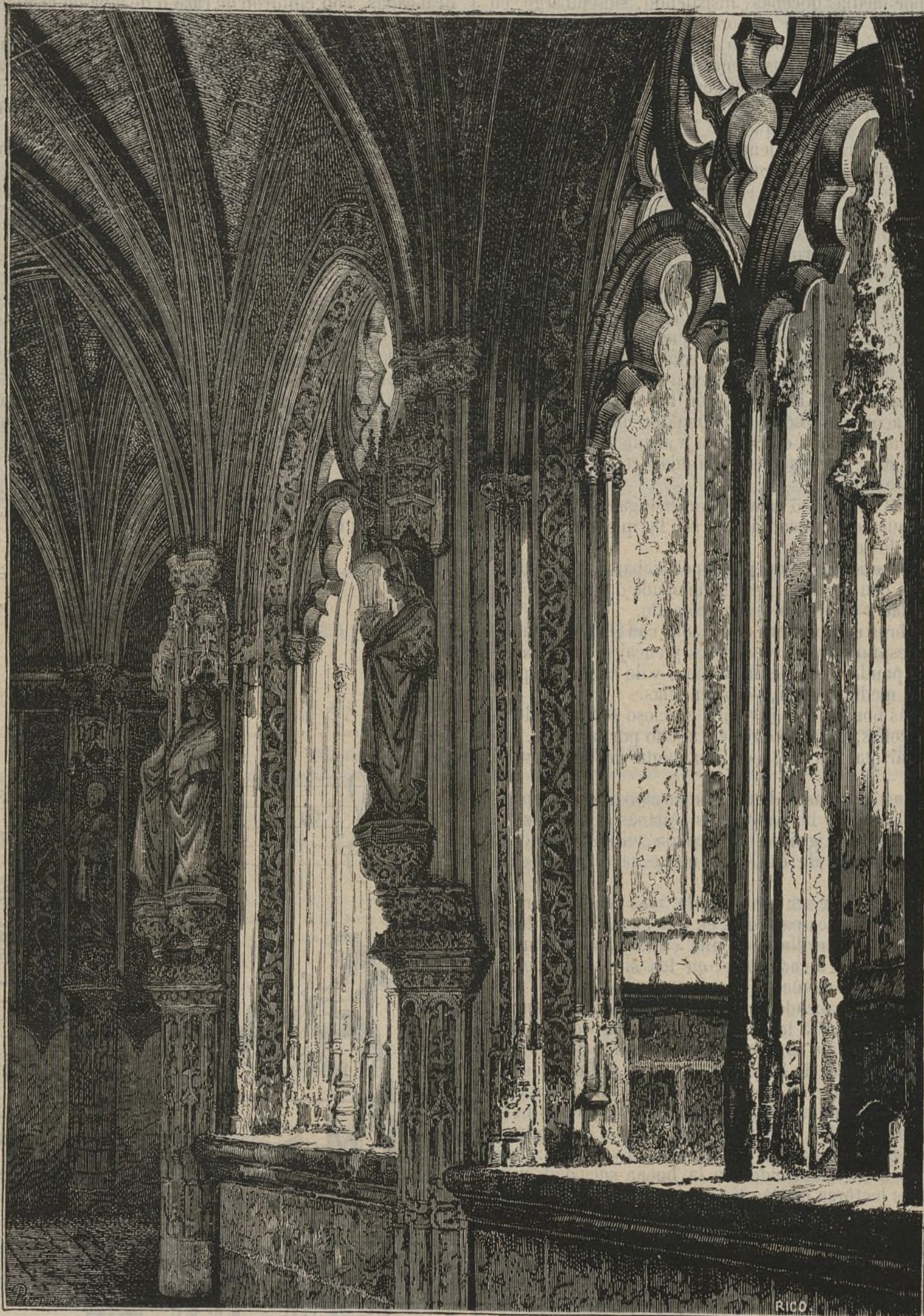
Si opinais como yo, y no os cansa, esta série de investigaciones, las continuaré en otros artículos y poco he de poder ó lograré demostraros que los muebles que tan quietos y tan callados están, viven, hablan, se agitan, toman

parte en los actos de nuestra existencia y pueden contribuir, según acertemos ó no al elegirlos, á nuestra felicidad ó á nuestra desdicha.

Y de paso, casi sin sentir, aprenderemos á amueblar las casas enriqueciendo con algunas demostraciones filosóficas,

el hasta ahora sencillo y rutinario arte de comprar muebles y de ponerlos en las habitaciones.

Julio Nombela.



SAN JUAN DE LOS REYES DE TOLEDO.

CONSEJOS ÚTILES.

Correspondiendo á la benevolencia con que nos honran, y á la confianza que en nosotros depositan nuestras suscritoras,

vamos á contestar detalladamente á varias preguntas que nos han dirigido en lo concerniente á las compras necesarias, cuando se trata de un enlace en familias bien acomodadas y que se aumenta ó disminuye según la posición y la fortuna de cada cual.

Los matrimonios están á la orden del día, y aun cuando mis consejos no puedan ser todo lo acertados que desearía, por no conocer íntimamente la fortuna de todas las que á nosotros se dirigen, generalizándolos, podrán adaptarlos cada una de por sí.

La ropa blanca debe contarse por docenas, la sencilla y la de lujo por medias docenas, insistiendo, sin embargo, en que es preferible elegir en menor número los objetos y que estos sean de buena clase de tela, bien hechos, así como el buen gusto en los bordados y encajes, más bien que exponerse á poseer efectos que por su poca duración resulten aun más elevados en precios.

El ajuar de novia, más que por lujo y ostentación, debe hacerse para servir largo tiempo y no para halagar la vista por un momento. La buena ropa blanca aunque no esté cubierta de encajes y bordados, es, lectoras mías, la mejor demostración del orden y juicio de una señorita, al tomar estado.

Una docena de camisas, otra de chambras, lo mismo de enaguas, pantalones, corpiños para encima del corsé, pañuelos, medias y peinadores, de buena Holanda los unos y de percales ingleses los otros, hechos sencillamente, pero bien cosidos á mano, es más esencial que una camisa con profusión de encaje, otra con bordados, aquella con dobles pliegues y las demás inferiores en clase y hechura.

Otro punto esencialísimo es saber que la verdadera elegancia y buen orden de una casa, son los servicios de cama y de mesa, y aconsejaremos contar una docena de objetos de lujo menos y aumentarla en sábanas y mantelería; una vez establecidas, mis jóvenes recién casadas comprenderán la utilidad de este consejo.

Las camisas con tira ó canesú con mangas muy pequeñas, y por supuesto, sin cuadradillo, son las que más se usan, con variedad de adornos.

El pantalón *mameluco*, con puño por debajo de la rodilla y guarnecidos con bordado, tira encañonada ó puntilla, es lo de más novedad y al propio tiempo cómodo.

Las chambras con pechera adornadas con pliegues, tablitass, bieses respunteados ó entredoses y encajes *Valenciennes*, de esta clase pondremos media docena, y de chambras para el lecho, otra media docena, pero sencillas.

Mucho más bonito, más juvenil y gracioso son las redecillas, que las cofias, para recoger el cabello por la noche, sujetas á lo Carlota Corday, con una cinta de seda azul ó rosa.

Las sábanas sencillas se hacen con jareton ancho respunteado y grandes cifras bordadas: las sábanas de lujo tienen jareton á vainica con guirnalda bordada, cifras, escudo y encaje: generalmente de esa clase no se hace más que un juego ó dos.

La mantelería debe ser adamascada, más sencilla para el uso diario, y tres juegos para días en que haya convidados.

Se marcarán las servilletas en una esquina, y los manteles con cifras grandes á cada lado, en los sitios que deben ocupar el dueño y la dueña de la casa.

Hoy se han generalizado bastante las costumbres francesas, en lo concerniente á los convites de boda: lo más elegante y lo más admitido es ofrecer un espléndido almuerzo á los convidados después de la ceremonia, y en seguida los jóvenes esposos parten para posesiones suyas, al campo ó al extranjero: otros dan una gran comida y baile, y otros ni lo primero ni lo segundo, pues todo está sujeto á las circunstancias especiales de cada uno, ó á la posición y fortuna; pero indicamos los usos establecidos en la buena sociedad, y de estos, nuestras lectoras podrán limitarse á lo que crean estar de acuerdo con su clase, ofreciendo á sus invitados ó un almuerzo ó una comida, y sin efectuar ningún viaje, sino permaneciendo en el hogar doméstico, ocupándose de organizar su casa y de estudiar sus nuevos deberes, lo que creemos más necesario para el porvenir y la dicha de la familia.

Los trajes para cumplir las visitas de boda, serán de terciopelo, seda, ó cachemir, paño bordado ó raso.

El traje para boda, si es blanco, necesita el velo de tul ó de encaje, la guirnalda poco recargada y el ramo de azahar, á la izquierda del corpiño.

En el ajuar de novia debe haber una bata más ó menos rica de cachemir entretelada, forrada de seda, con adornos de terciopelo ó bordados, pues es más duradero que el raso.

Las batas *princesas* abotonadas, son siempre de moda y en extremo cómodas.

Dos ó tres ó más vestidos para trajes de mañana y de confianza, y uno ó dos de viaje, si se trata de efectuarlo, y después los trajes para paseo, bailes ó reunión, para los cuales son elegantísimas las túnicas de crespon de China, ó de gasa drapeadas, con cinturón de raso ó de faya en armonía con la primera falda.

Todos estos detalles, creemos podrán ser de alguna utilidad, y como según verán nuestras lectoras, empezamos en este número la publicación de algunos artículos concernientes al mobiliario, completarán estos la instrucción para la organización de las casas.

Además, continuaremos ocupándonos de la vida íntima, en todo aquello que conceptuemos puedan encontrar las señoras suscriptoras de *El Figurin*, instrucción y utilidad.

La Baronesa de Wilson.

Han dado también solución de la charada *Lisboa* las señoras doña Adeláida Vales, doña Antonia Bertran, doña Encarnación Bordalonga de Focinos, doña Peregrina Pérez de Rayó, doña Adriana Gaitan de Falquer, doña Dolores Jiménez Masueta, doña Carlota González de la Vega, doña Matilde Ponce de León, doña Dolores García de la Torre de C., doña Dolores Cruz de Tozar, doña María Josefa Oberlin, doña Dolores Zurita y Rubin, doña Ana Rey.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO 17.

Volteta.

GEROGLÍFICO.



(La solución en uno de los próximos números)